



La reconciliación por Daniela Jiménez Chil

Me acuerdo de nuestras peleas, cuando éramos jóvenes y testarudas. Ahora que lo pienso, era propio de la edad. Estábamos en nuestros veinte y ser tenaces nos salía natural debido a la energía y el vigor de aquellos años. Adriana, querida, ¿recuerdas que peleábamos con brío, con ardor, con pasión? Recuerdo la vez en la que habíamos quedado a cenar con unos amigos, una reciente pareja de novios que gozaban del romanticismo de los inicios frente a nosotras, sin pudor. Nos invitaron con un mes de anticipación a una cena a la que respondí con alegría que iríamos y que llevaríamos una tarta de frambuesas para el postre.

—Tú harás la tarta, porque yo no sé hornear pasteles. Más aún, no me quería comprometer con algo tan difícil de hacer. ¡Podríamos haber ofrecido llevar unas botellas de vino! — me respondiste cansada de mis promesas irreales porque bien sabías que yo no sabía hacer postres, y tú tampoco, y sobre todo sabías que me olvidaría del asunto, y que horas antes de la cena, yo alzaría la voz y diría *rápido, rápido, nos ocupemos las dos de la tarta*.

Y tuviste razón. Muchas semanas después, el día de la cena había llegado y nuestros amigos nos escribieron que nos esperaban con mucha alegría y muchas ganas de probar la tarta de frambuesas. ¡Mierda! ¡La tarta!» Fui hacia el sofá donde descansabas y con audacia te alarmé, te apuré, como una ola te revolqué de la paz en la que te sumergías viendo tu serie.

—¡Yo nunca prometí hacer una tarta! — me atreví a decirte ante tus reclamos, muy bien justificados, rozando el cinismo. El tiempo que nos quedaba hasta la cena, que pudimos haberlo usado para comprar los ingredientes y hacer la tarta, lo usamos para buscar nuestras coartadas entre los mensajes de la aplicación de aquellas épocas, el WhatsApp. Como dos detectives, buscamos en las conversaciones hasta que tú, triunfante, con una carcajada de victoria, me mostraste el momento de mi falsa promesa, qué incluso, me atreví a negar, antes de admitir mi derrota y abdicar ante ti. Al final, compré una costosa tarta de frambuesas en una pastelería. Tú tan indulgente, te ofreciste a acompañarme.

Entrelazo tu mano con la mía, le doy un beso. Tiene muchas pecas, pero siguen siendo finas como en esas épocas, finas y tenaces. Te miro descansar, respirar pesadamente, y no puedo creer que hayan pasado más de 30 años de aquella vez.